



Capítulo Octavo.

UNA CENA OPIPARA

La vida del rebelde.--Los federales.
¡Pobres Juanes!



Seguían las depredaciones y los asesinatos. El Gobierno maderista ya quería obrar con energía y ordenaba á los Jefes del Ejército trataran á los rebeldes con mano de hierro. Soplaban una racha trágica.

En los caminos era raro no ver seres humanos colgados de los postes y los árboles frondosos.

Las huestes del Atila del Sur huían acosadas, de un punto á otro, batiéndose en retirada, pero rehaciéndose luego, caían en avalancha sobre poblaciones de escasa guarnición, haciendo de las suyas.

El pueblo de Sta. María ocupado por zapatistas, es cercado por los federales, las casas incendiadas y acribilladas por la artillería las trincheras enemigas.

Pocos son los que sobreviven á la matanza. Del pueblo solo queda en pie un templo parroquial.

Genovevo de la O se destaca como la encarnación del ángel malo.

Su nombre se oye en las emboscadas en que caen engañados los federales, las matanzas y mutilaciones en que se cortan orejas y se cumple fielmente con la terrible sentencia "Ojo por ojo, diente por diente."

A una legua de Ixtapan de la Sal (Méx.) se reúnen sigilosamente los zapatistas.

El campamento está al aire libre. Es la noche del 9 de Agosto.

En un jacal improvisado, sentados sobre pedruscos, platican los cabecillas Zapata, Trinidad Ruiz, Pacheco, Trejo, y Miranda, padre.

Diseminadas sobre el suelo se ven varias botellas vacías.

—Con que está resuelto para mañana el golpe, General?—dijo Trinidad Ruiz á media voz, interrogando á Miranda.

—Resuelto no, compañero, preparado sí; falta la orden de nuestro general Zapata.

—Qué retebueno está el parritas, no quieren un trago?

—¡Venga!—respondió Meza, arrebatando casi la botella.

—Pero Pacheco no bebe, parece tristón como un alcornoque prieto.

—Es que está enamorado, repuso el viejo Miranda; cosas de muchachos. El amor hay que dejarlo á un lado, no sirve más que de estorbo en el campamento.

—No tanto; es que nuestro amigo es de gasnate fino, no toma Parras sino Cognac; pero aquí traigo, aquí tengo, véngase Pacheco y métale sin recelo, que es de lo mejor; me armé de él en una hacienda que está cerca de aquí y apropósito allí vamos á cenar, ya verán cómo nos tratan. No tenemos aquí que esperar á nadie, pues el general vendrá mañana ó mandará un correo.

Pacheco sacudió la cabeza y tomando la botella, dijo:

—Brindemos pues, por el golpe de mañana y puesto que tenemos que pasar aquí la noche sin más compañía que las estrellas, bien vale la pena entretener el tiempo.

—Vamos á la cena, estoy volviéndome gastrónomo, supongo que no nos dejaremos mucho. La hacienda estará cerca.

—A pocos pasos.

—Pos andando.

Luego dió algunas órdenes y emprendieron el camino de la finca llevando 50 hombres.

—¡Listos!—dijo Trinidad Ruiz abriendo la marcha.

—Ud, no se preocupa por nada, exclamó Pacheco sonriendo.

—Yo solo me cuido de mi rifle y mi mujer y señaló la canana que llevaba cruzada sobre el pecho.

Emprendieron el camino cuando se oyó el cercano galopar de varias cabaladuras,

—A las armas! gritó Ruiz con voz de trueno.

—¡El General!

¡El General! repitieron las voces de las avanzadas.

—¡El Diablo nos lleve; qué tal si nos vamos!

—Nos arrestaban.

Rápido como un relámpago, llegó Zapata al campamento,

—Todo dispuesto para el ataque, mi general, dijeron los cabecillas,

—Bien, bien, pasaré la noche con Uds. y mañana al comenzar el combate me retiraré; necesito estar en otras partes. ¿Pero así reciben Uds. á su jefe? Qué satisfechos, supongo que no dormiremos sin cenar!

—No, General, cenaremos opíparamente; tengo un convite, y le aseguro que se chupará los dedos.

—Pues andando que traigo un hambre canina.

Los cabecillas se detuvieron á la entrada de la hacienda.

—¿Dónde está el amo?—preguntó Ruiz con voz de mando.

—Ahorita viene, dijo humildemente uno de los peones.

—Pos que venga al instante ó lo mando traer de las orejas.

Y sin esperar se introdujeron los tres metiendo mucho ruido.

Un hombre regordote apareció en escena con el ceño fruncido; pero se veía que le temblaban las piernas.

—Qué se les ofrece señores? dijo con voz insegura.

—Venimos á cenar, por orden del general Zapata.

—Con todo gusto mis señores.

—Entre tanto, repuso el guerrillero, es necesario que nos mande servir pu que del bueno.

—Lo siento, pero á estas horas no lo hay.

—¡Vaya! Pos tomaremos vino; abre tu bodega, y pronto, pronto, dijo Zapata que hasta ese momento no desplegaba los labios.

—Ya lo he mandado traer, señor.

—Una botella! gritó furioso Ruiz—y ¿para qué queremos una botella? que traigan una caja y el cognac, no se le olvide.

—Para Ud. reservaba una de Wiskey.

—Bebásela; yo no tomo cochinas gringas.

—¡Vamos! ¡pronto! dijo Zapata pateando el suelo.

—Muchacho trae el garrafón.

—Así me gusta ser obedecido, mientras tanto, que alisten ganado para tropa.

—Ya fueron á buscar 10 reses al monte, dijo el capatáz.

—¡Diez! no señor, que traigan 20 ó sinó mando por cuarenta.

—Imbécil, dijo el vejete, trae lo que te ordene el señor.

—Y el maiz, no se olvide el maiz.

Entre tanto la mesa estuvo servida y los rebeldes comenzaron á despachar á cuerpo de Rey, discutiendo el préstamo forzoso que le impondrían al dueño de la hacienda.

En la campaña de Morelos los soldados federales, han llevado la peor parte. La abnegación del soldado en el cumplimiento del deber no tiene límites. Casi siempre durmiendo á campo raso, ó cobijado por desvencijados techos sin más cama que el duro suelo.

A veces se deja caer tras larga caminata, rendido de fatiga en medio del morcerca de una luminaria que es apagada por la lluvia.

¡Cuántas ocasiones se ha visto al soldado cargando al niño y á la soldadera llevando el rifle á través de la espesa serranía!

Y todo para que al fin de la jornada reciba una bala en medio del pecho y se pierda su nombre entre los de los héroes del montón.

Un puñado de estos valientes guarnecen el pequeño poblado de Yxtapan de la Sal comandados por el Capitán Rolando (que figura al principio de esta obra histórica,) sumando apenas 100 hombres.

Esa misma noche en que los zapatistas cenan opíparamente, Rolando con varios oficiales toma algunas copas en casa del Teniente Enrique Rocha.

En todos los semblantes se trasluce el buen humor. Solo en el de Rolando se refleja la tristeza.

—Le veo á Ud. melancólico, mi Capitán, dice el Teniente Vázquez, joven que apenas frisa en los 21 años.

—¿Para qué negar? lo estoy, tengo el presentimiento de que muy pronto me va á tocar un tiro.

—Bah! Capitán, Ud. tan valiente y dejarse llevar de pensamientos fúnebres.

—No lo siento por mi; ya saben Uds. cual es lo único que en la vida me preocupa; mi Enriqueta.

—Tiene Ud. el vino triste, Capitán.

—¡Ah! mi general Blanquet es muy valiente—decía continuando su relato, el Subteniente Paredes á varios oficiales.

—Cuando el desastre de González Salas habido en Rellano todos corrian, hubo pánico y comenzaba la desertión de su batallón. ¡Si hubieran oído Uds. su voz! Era terrible cuando gritó:

—Fuego á los traidores!

—Pelea como un demonio, agregó uno de los oyentes.

—También mi General Robles es valiente y tenáz y tiene un ayudante que vale plata.

—Me consta, yo vi cuando salió herido en lo más recio de un combate por cubrir con su cuerpo al General.

—El que no suena es el General Luque exclamó Paredes.

—Ese es estratégico; yo estuve en la campaña que hizo en Valladolid (Yucatán) maniobró á la retaguardia de sus tropas.

—Cuida mucho el pellejo?

—No hombre, es que es muy águila.

—Y del General Huerta?

—Los hechos están demostrando en Chihuahua que es un militar de empuje y de estrategia.

—Le buscó la cuadratura al círculo con la artillería. Orozco está perdido.

En aquellos momentos llamaron á la puerta

—¿Quién diablos será? preguntó refunfuñando mal humorado el Capitán.

Un hombre penetró en la habitación.

Era el Teniente Rodríguez.

—Qué pasa? qué pasa?, digeron rodeándolo.

—Que Zapata esta acampado con mil hombres á una legua de aquí y se preparan á atacarnos mañana en la madrugada.

—Diablo! mil hombres---dijo Rolando ¿pero los has contado?

—Un espía que ha sido capturado ha desembuchado la noticia,

—Vive Dios y nosotros tan campantes! Vamos, compañeros, á nuestros puestos; es necesario preparar la defensa, destacar centinelas y construir trincheras.

Rolando fué obedecido y en pocos segundos la casa quedó vacía.



Capítulo Noveno.

En su puesto!

Abnegación de amor.--Así se muere, así se mata!
Muertos á carretadas.



Antes de salir el Sol y cuando el tenue resplandor del alba se confundía con la pálida luz de las estrellas, el explorador más avanzado dió el grito de alarma.

El primer rozamiento tuvo lugar en las goteras del pueblo, con una pequeña avanzada federal que se replegó inmediatamente.

En el pueblo desde la azotea de la casa de mayor altura, vomitaban la muerte dos ametralladoras. En los demás edificios la escasa guarnición se parapetaba resuelta á vender cara su vida.

Los zapatistas avanzaban rápidamente, seguros de la victoria, entrando al pueblo por diversas direcciones.

Aquel puñado de valientes se defiende con heroicidad espartana, pero la lucha es desigual y cien, uno á uno caen en el puesto que se les ha destinado, sin retroceder un palmo.

Rolando al verse perdido, piensa en Enriqueta. Sus ojos se dirigen por todas partes y al fin se encuentran con el Teniente Rodríguez á quien llama.

—Estamos perdidos, sálvese Ud.; le confío á Enriqueta.

—Y Ud. Capitán?

—Yo debo morir aquí.

—Pero mi puesto está con Ud.

—Yo lo relevo, sálvela, se le ruego por nuestra amistad.

La casa en que se hallan aquellos dos hombres está sitiada.

Los zapatistas acaban de romper las puertas y hacen irrupción en el interior.

Rolando abandona la azotea. Rodríguez lo sigue, los demás han muerto.

Agarrándose á las molduras de la pared como dos ágiles cirque-
ros logran bajar desprendiéndose desde regular altura sin hacerse daño
al caer.

Atraviesan entre los enemigos que les marcan el alto y les hacen
fuego.

Así llegan á la casa de Rolando, dentro Enriqueta espera. Este
trató de tomarla en brazos, pero sus piernas se doblan y cae de rodi-
llas.

---Capitán está Ud. herido, exclamó amargamente Rodríguez.

---Si, en una pierna, más valía en mitad del corazón. . . Huya Ud.
Rodríguez, salve á mi Enriqueta.

---Por aquí! por aquí muchachos, aquí está escondido el Capitán
decían los zapatistas.

---¡Dios mío! ¿y Ud.?--repetía Rodríguez.

---Yo soy hombre! ¡Sálveme Rodríguez! Por aquella ventana que
está á mi espalda, mientras yo los entretengo....no hay un momento
que perder.

Rodríguez desaparece con la jóven que lo sigue, sollozando.

Rolando se arrastra hacia la ventana que da á su frente y pon-
diez rifles mausser al alcance de sus manos, los últimos que le queda-
ban por repartir de las armas que le confiara el Gobierno.

Empuña el primero exclamando:

---A morir!

Sus fuegos se dirigen al grupo de zapatistas que intentan rompe-
las puertas de su casa. Los disparos certeros diezman á los bandidos
pero al ruido de las detonaciones acuden más y más, hasta verse ce-
gado por gran número de rebeldes.

Uno tras otro Rolando vacía los rifles. Los zapatistas furiosos
por estar peleando con un solo hombre, le tiran mas y más y cuando el
humo de cada descarga cerrada se disipa, rujen de cólera porque el ca-
pitán sigue en su puesto, apuntando siempre y dejando gente fuera de
combate.

Rolando los apostrofa:

---Cobardes: aprendan á batirse, así se muere, así se mata!

En un impulso de ira aquella mole de gente derriba la puerta
entra.

El cabecilla Trejo le apuntó con su rifle, pero sintió admirado un
impulso humanitario y gritó:

---Ríndete!

---Muerel contestó Rolando y el cabecilla se desploma, herido en
el corazón.

Un zapatista le pone á Rolando el cañón del rifle en la frente y
vuela los sesos.

Rolando cae como herido por un rayo, para no levantarse más.

Los zapatistas recorren el poblado y celebran su triunfo, saquean
do el ráquitico comercio.

La matanza ha sido horrible. Los cadáveres forman hacinamiento
espantoso en mitad de las calles, en las azoteas.

El Teniente Rodríguez llega con Enriqueta á Tenancingo solici-
tando urgente auxilio, y el Capitán Eulogio Luna parte en el acto con
cien hombres, pero no puede avanzar porque los zapatistas están
ciegos de furor por la muerte de uno de sus jefes.

Se empeña terrible combate y al fin el Capitán Eulogio Luna se
replega hasta Portezuelo.

Más tarde corre en auxilio el Mayor Cárdenas con 200 hombres.
Los zapatistas lo reciben en el Molino de Calderón. libráse sangrienta
lucha con bizarria por ambas partes, siendo derrotado el Mayor Fran-
cisco Cárdenas quien recibe dos balazos en la caja del cuerpo. De sus
fuerzas quedan muertos 80 hombres entre oficiales y tropa.

Así termina el año de 1912 con *muertos á carretadas*.

La sociedad mexicana sigue alarmada por las proezas del Atila,
pero eso no obsta para que entre los que manejan la cosa pública se
sigan banqueteadando, ni para que se pierda el buen humor en las tertulias.

"Qué haya un cadáver más que importa al mundo!"



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTECARMEL, MEXICO

12675



Capítulo Décimo.

SALVADO EN UN PANTEON.

Después de mil calaveradas.--Lo de siempre:
suicidio.--El ángel Tutelar.

Esa noche renegaron contra mí los grillos y la polilla porque me puse lo mejorcito de la percha.

¿A dónde vas tan elegante?—me decían mis hermanas bromeando.

Y yo sonreía gozoso y petulante retorciéndome el bigote como un conquistador de oficio.

Esperaba yo á Pancho Ramírez, hijo de un hacendado del Estado de Morelos, joven apuesto y rico, amable, jovial y buen amigo á quien hacía mucho tiempo no veía.

Era natural ir lo mejor vestido posible para no parecer su lacayo.

Ramírez no se hizo esperar mucho pues á las ocho se presentó á buscarme.

Después de un abrazo efusivo y ya en su elegante carretela le dije:

—¿Y los documentos prometidos?

—Muchacho exigente! Ahorita vamos por ellos, los tengo en mi escritorio. Verás, todo mi relato está escrito y les he dado una forma novelesca para que aproveches en tu libro sin que te cueste mucho trabajo. Al escribirlo me acordé del tiempo que fuimos camaradas ó gatos de redacción en "El Universal" ¿Recuerdas?

—Claro chico; no había de acordarme.....

—El tiempo de aquellos famosos paseos á San Angel cuando describimos el terrible suicidio que terminó en el callejón de Pajaritos.

El cochero detuvo los briosos caballos á la puerta del suntuoso hotel en el

mi amigo se había alojado, mientras el lacayo sombrero en manos esperaba órdenes.

Ramírez saltó á la banqueta como un colegial diciéndome: no subas, al momento vuelvo."

Y en efecto, al poco rato se presentó con un paquete que me entregó y que yo guardé cuidadosamente.

Una hora más tarde y después de haber cenado opíparamente en el mejor restaurant entrabamos al Teatro Mexicano. Se ponía "Malvaloca"

Nos sentamos cuando se levantaba el telón.

—No me arrepiento de haberte acompañado---me decía Francisco Ramírez ya á media función y cuando caía el telón del segundo acto,---esta obra es bonita, muy bonita---y dirigía complacido el anteojo á los palcos admirando á las bellas.

De pronto noté que se puso un poco pálido.

—¿Qué tienes le dije?

Él ni siquiera pareció darse cuenta de mi interrogación, embebecido contemplando á una mujer hermosísima de cabellos rubios y ojos de cielo.

Parecido al nacar era el color de su tez, blancura extraña y despojada de artificios.

—Es ella!--exclamó como respondiendo á una pregunta interna.

Ramírez se acordó al finde mi y pugnando por sonreír me dijo:

—Es toda una historia ya lo sabrás, y muy pronto pero solo tu.....

La dama pálida también se fijaba en mi amigo, ocupaba un palco escénico por el ala derecha del coliseo. Cerca de ella un hombre que frisaba en los cuarenta años, de cabellos y barba casi rojos, leía indiferente un programa, vestía á la moda y su porte era el de un hombre del gran tono.

Ella era muy joven aún, su traje negro de corte elegantísimo de finísima seda, collar de perlas confundíase en la blancura de su cuello alabastrino y adornaban sus dedos de sus manos diminutas, sortijas de brillantes.

Ramírez siempre tan jovial había enmudecido, parecía no darse cuenta de nada lo que lo rodeaba.

Yo me aburría, comencé á bostezar y ¡nada! mi amigo se hacía el disimula-

Buscaba pretextos para arrancarle de allí, pero él se adelantó á mi pensamiento diciendo:

—Me vas á permitir un instante, vuelvo en seguida---y se levantó sin esperar mi aquiescencia.

Con la mirada curiosa lo seguí, ya adivinaba á donde iba y pocos momentos después lo ví aparecer radiante de felicidad en el palco de la bella desconocida.

Por su parte la joven sonrió plácidamente como quien se encuentra con alguna persona bastante conocida. El hombre de la barba roja por el contrario recibió al visitante, dejó el programa que tenía en las manos y haciendo una ligera caravana abandonó el campo.

Yo pensaba que Ramírez volvería á su sitio al terminar el entreacto, pero me equivoqué de medio á medio pues allí permaneció mucho tiempo.

Al terminar la función dirigí la vista al palco, notando con sorpresa que Ramírez había desaparecido.

Esperé, pensando que había salido para venir en mi busca, pero en vano.

Al fin me puse el abrigo y salí cuando quedaba muy poca gente en el teatro.

Ya en la puerta disponíame á emprender el camino de mi casa cuando vi salir á la bella enlutada del brazo del hombre de la barba roja.

Y cosa rara, sus ojos se miraban y se dibujaba en sus labios aquella sonrisa encantadora que observara cuando recibió á Ramírez.

Vi agitarse la mano de la joven y caer á mis piés un objeto. Me incliné y lo recogí.

En aquel momento la dama y el caballero subían en un lujoso automovil.

El vehículo partió.

Al llegar á mi casa y cuando me encontré solo en mi recámara examiné aquel objeto. Era un guante negro. En el interior había un papel doblado que decía:

“Si es Ud. verdadero amigo de Ramírez vaya Ud. sin pérdida de tiempo á la Colonia de la Bolsa y en la Cuchilla del Diablo espere Ud. los acontecimientos”

Hasta aquí el texto, y por firma una cruz.

¿Qué significaba aquello?

Un lazo no podía ser; yo no tengo enemigos, al menos así lo creo puesto que jamás le hecho mal á nadie.

Había que ir ante todo por curiosidad y también por que quizás podría servir de algo á Ramírez. Aunque no, pensaba, esto es una broma de la joven.

Salí de casa y tomé un táxímetro, dando las señas.

Partió el vehículo tomando el rumbo indicado pero en una bocacalle sin esperar lo chocó contra un coche haciéndolo pedazos.

Aquí ardió troya, intervino el gendarme, y los que lo ocupaban hechos unos idiotas querían llevarnos á la fuerza á la comisaría no solo al chauffeur sino hasta á mí.

¡Bonito negocio!

Trabajo me costó quedar libre y en una carretela infame de bandera roja llegué al lugar ya sumamente tarde. Despedí el coche y examiné el sitio. A pocos pasos de distancia y en pleno arroyo estaba mi infeliz amigo tendido en un charco de sangre. Los cabellos se me erizaron y quise correr cuando escuché el acento de su voz moribunda.

La noche era bastante clara. En el cielo sin nubes brillaba la luna y cintilaban las estrellas. Sobre el suelo Ramírez expiraba.

Enloquecido me acerqué tratando de levantarlo.

—No, dejame esto ya se acabó, me han cocido el cuerpo á puñaladas.

Las últimas palabras las dijo de sopetón, sus miembros se crisparon, se lle-

la mano derecha á la boca y apretó entre los dientes un mechón de cabellos color de oro.

Escuché ruido de pasos, me ví las manos y el traje llenos de sangre, tuve miedo de que me tomaran por el asesino y huí como un desesperado.

Encerrado en mi cuarto abrí aquel paquete. Era un manuscrito. Vacilé un momento. Sentíame fatigado pero no tenía sueño. Encendí un cigarro y comencé á leer:

“Mi vida alegre y disipada me llevaba á pasos agigantados hacia el hastío. Y sin embargo, en la ciudad y dos leguas á la redonda era yo el hombre rico y afortunado, calavera y empedernido. Para los infelices á quienes arrebatava la honra un infame. Para mis camaradas un hombre que goza de la vida y sabe divertirse.”

Así llegó el primero de Octubre de 1912, sin más entretenimientos que el juego y los placeres.

Sobre el tapete verde arrojaba yo aquella noche el dinero á manos llenas. La suerte me daba la espalda. Perdía con tranquilidad el dinero que mis padres habían ganado á fuerza de trabajo y de constancia. El dinero amasado con el sudor de ellos y de una generación de braceros activos y laboriosos.

Poco á poco mi tranquilidad desaparecía y me tornaba pálido y nervioso, una ráfaga de locura pasaba por mi espíritu y jugaba, seguía jugando. Agotados mis recursos jugaba al crédito.

Al fin, perdí más de lo que podía disponer y me eché á cuestras enormes compromisos.

Un pensamiento atravesó por mi imaginación. Vender la hacienda que mi familia confiara á mi honradez; también una nube de sangre cruzó por mi vista: El suicidio.

—Soy un estorbo pensaba, valdría más desaparecer.

En mi despacho y tras un día lleno de zozobras meditaba en esto, acallando otra voz que dulce y acariciadora llegaba á mis oídos diciéndome: “Morir tan joven y lleno de vida. ¡Apenarte por tan poca cosa! Si ayer la suerte te fué adversa hoy te sonreirá la fortuna”

La voz primera dominó en mí y armándome de un revólver me dirigí al cementerio donde están los despojos de mi madre.

Allí lloré amargamente mi juventud pérdida, maldije mis vicios y pedí perdón por mis culpas, luego acerqué el cañón del arma á mi frente, apreté el gatillo y la bala salió. . . .

En aquellos momentos una mano erguantada sujetó la mía y la bala sin hacer blanco fué á perderse en el espacio.

Miré sorprendido.

Ante mis ojos se destacaba una mujer hermosísima vestida de negro.

Caí de rodillas víctima de una alucinación extraña. Me creí muerto y ya en

otra vida. Tomé á aquella mujer por un ángel tutelar de los suicidas.

Ella sin duda comprendió lo que por mí pasaba porque sonriendo me dijo:

—Soy como Ud. de carne y hueso—la casualidad me ha echo salvarle, ¿sufre Ud. mucho? Solo así concibo su determinación porque el hombre que se mata es un cobarde.

Sus palabras enardecieron mi sangre, quise protestar, pero ella sin darme tiempo abandonó mi mano llevándose el revólver y se alejó lentamente sin que yo osara detenerla.

Aquel encuentro, misterioso al borde de la tumba infiltró en mí ser un nuevo cariño á la vida. Despertaron los impulsos del trabajo y á todo trance quise existir, desafiándolo todo con entereza y valor.

Mi salvadora constituyó mi único pensamiento. Los encuentros en el cementerio se repitieron con frecuencia pero sin tintes de tragedia, hasta llegar al idilio. Y la amé con toda el alma y ella me entregó su corazón.

No obstante, nunca en la vida había de tener una acción noble y buena, el Destino se conjuraba contra mí. Aquella mujer no podía ser mi esposa. Era casada.

Siempre tras lo vedado. El crimen cerca de mí,



Capítulo Décimo primero.

EN DOBLE PELIGRO.

Los celos del marido.--Entre zapatistas.--A proveer de parque.



Las entrevistas del cementerio concluyeron y comenzaron á celebrarse en casa de ella.

Una noche el marido nos sorprendió juntos. No tuve tiempo de escapar.

--Podía matarlo á Ud. como á un perro--me dijo, apuntándome con un revólver--pero le haré el honor de batirme con Ud.

Yo estaba desarmado y á su discreción. Ella, la pobre niña se retiró sollozando.

Bajamos al corral.

--Oiga--me dijo--solo tenemos una pistola; ve Ud. esa pequeña linterna de luz roja colocada cerca de la pared?

--Sí--respondí.

--Pues bien: tiraremos sobre ella y el que dé en el blanco podrá matar friamente al contrario. Ya lo sabe Ud.

Me presentó el revólver. Maquinalmente lo tomé. El instinto de conservación se imponía en mí más que todo, el egoísta "yo." Ni siquiera por cortesía rehusé tirar primero.

Con detenimiento y aparente serenidad traté de hacer la mejor puntería posible. Salió el tiro, y la linterna ni siquiera se movió. Ganas sentí de echar á correr ó disparar sobre mi enemigo, pero me contuve y devolví el arma.

El, casi sin apuntar, hizo fuego y la linterna cayó hecha pedazos.

--He ganado--murmuró--me pertenece su vida.

--Tómela Ud., le dije, cruzándome de brazos, aunque un sudor glacial corría por mi frente.

Aquel hombre hizo un gesto de furor y me apuntó; pero de pronto y sin esperarlo, sonó una detonación y mi contrario cayó al suelo huido en sangre.

Un hombre de cabellos y barba rubia se presentó en escena, llevando en las manos el rifle todavía caliente.

---¡Qué haz hecho, Dios mío!---dijo apareciendo la señora X.

--Salvarlo, lo mismo que á su amante,

---¡Es un asesinato!---clamé horrorizado.

---Y ahora, ¿qué hacemos? se va á descubrir el crimen, dentro un momento vendrán los criados.

---No se descubrirá nada, señora, la finca comienza á arder y al to será pasto de las llamas. Nosotros estaremos lejos; los caballos tán listos.

Y ¿dónde vamos? preguntamos á coro.

---Pues con los zapatistas. Allí estaremos seguros. Recoja la señora sus alhajas; el dinero que había lo llevo yo. Ud., joven, me debe la vida, por lo tanto, déjese guiar. ¡Adelante!

Obedecemos, emprendiendo el galope hacia las montañas.

Más tarde leí en los periódicos que el incendio había sido obra de los zapatistas.

La señora X. muy conmovida; el hombre del pelo rojo, risueño, si feliz; yo indiferente y pensativo, caminábamos adelante, siempre adelante.

El ruido que produce la caballada llegó á nuestros oídos y poco después distinguimos una nube de polvo.

Mi amada detuvo su cabalgadura. Yo la imité, poniéndome á su lado para defenderla.

--No teman, dijo nuestro guía sin abandonar su sonrisa, es el General Vázquez que trae una misiva para mí, del Atila del Sur.

--No comprendo--repuse.

--Se lo explicaré: hace mucho tiempo que en Cuernavaca soy Agente del Zapatismo.

Pronto tuvimos á la vista á toda una legión de revolucionarios perfectamente bien armados, que hicieron alto á cierta distancia, adelantándose el que parecía Jefe.

Saludáronse afectuosamente aquel hombre y el de los cabellos rubios.

-Celebró haberlo visto, General Vázquez.

--Gracias; igualmente; aquí le traigo la comunicación del generalísimo y el salvo conducto.

--Bien, bien.

Charlaron un breve rato y partimos luego siguiendo las indicaciones del General Vázquez. Así llegamos á uno de los campamentos de Atila, donde hicimos alto, siendo tratados con innumerables consideraciones y respetos.

--El General no tardará mucho; se le acaba de mandar un correo. Entre tanto pasen Udes. á descansar--dijo estrechándonos la mano uno de los cabecillas.

Nos destinaron una casita mal amueblada, pero que nos pareció un paraíso ¡estábamos tan cansados!

A la mañana siguiente escuchamos inusitado movimiento en el campamento, ir y venir de gente y luego voces, murmullos y gritos de "¡allí está nuestro General!" "¡viva Emiliano!". Después ruido de galopar de caballos y el que producen las armas blancas al ser desempaquetadas.

Toda aquella algazara calmóse de súbito, haciéndose silencio casi completo cuando apareció el General Zapata montado en un brioso caballo retinto de gran alzada. Acompañaban al Atila del Sur, su Estado Mayor y un escuadrón de zapatistas todos con semblantes satisfechos, sin demostraciones de cansancio y perfectamente armados; sus cananas terciadas al busto, repletas de tiros y además uno, ó dos cinturones cubiertos igualmente de balas; los rifles siempre listos, y pendientes los machetes á un lado de la montura.

Ágil como un gamo, Zapata echó pié á tierra y estrechando la mano de nuestro guía le dijo:

--Vamos para adentro que tenemos que hablar, ¿quiénes son esos "vales"?

--Sos amigos general,--se apresuró á responder el aludido,--dos colaboradores de la causa nacional.

¿Cuánto tiempo duró la conferencia entre Zapata y nuestro protector? No lo supimos.

Rendidos por tantas emociones, mi amada y yo nos quedamos profundamente dormidos en el departamento que se nos destinó en aquel casuchón. Cuando despertamos nos llamó á comer el hombre de la barba roja. Ya el Generalísimo había desaparecido.

¿Quién era el Hombre de la barba roja?

Se llamaba Don Froilán Palafox. Administraba la finca incendiada. El marido asesinado le tenía confianza absoluta, confianza que había pagado con la vida.

--Tengo una misión delicada que espero secundarán eficazmente. El generalísimo está escaso de parque, las cuevas donde se fabrican cartuchos no dan abasto para sostener los combates que á diario se tienen con las tropas del Gobierno y es necesario meter algunos miles de cartuchos de contrabando,-- nos dijo Palafox.

--¿Pues qué--interrogué--aquí se fabrican cartuchos?

--Naturalmente; hay varias cuevas convertidas en fábricas; la más interesante es la que está trabajando en Huatla; allá van casi todos los casquillos que tras de cada combate abandonan los federales, se rellenan de explosivos y pólvora negra y quedan listos para el ser-

vicio... Pero volviendo al asunto y para no despertar sospechas necesito que Uds. me ayuden á meter un contrabando.

—Y ¿adónde iremos? dijo ella.

—A México.

Y se preparó el viaje, poniéndonos al fin en camino rumbo á la Metrópoli.

Es natural que se supongan mis lectores que después de escapar de las garras de un marido celoso y del Zapatismo, gozando de una luna de miel estaba yo contento.



Capítulo Décimo Segundo.

LA SENDA DEL CRIMEN.

El taxímetro número 35.--Los que sobraban.
¡Pobre Tuerto!

Llegamos á México tomando muchas precauciones. Me sentía absorbido por el amor de esa mujer. Sin voluntad, porque yo ya no me pertenecía.

Fué una noche larga y sombría, ya casi al finalizar el mes de Octubre, cuando decidimos introducir el contrabando. En una casa solitaria lo teníamos ya preparado y bien empacado para que en caso de fracasar el golpe, no se descubriera fácilmente. Una casa se había encargado de importarlo á los Estados Unidos.

Don Froilán acudió al lugar en el taxímetro número 35 que iba manejado, además del chauffeur, por un ayudante aprendiz.

---Me parece, le dije, que es bastante gente para el caso. Sobra el aprendiz.

---Los dos salen sobrando---dijo secamente.

Los bultos fueron transportados sigilosamente al interior del vehículo. Los dos hombres estaban aleccionados.

Subimos todos al taxímetro. Este partió velozmente.

Pronto salimos de la capital, atravezamos Atzacotalco y nos internamos por Tlalnepantla en el Ajusco.

Hicimos alto. Gente enviada por Zapata nos esperaba y se apoderó del cargamento.

—Uds. siguen, nos dijo el hombre de la barba roja; yo regreso. Entregan al general el "bastimento."

Nos separamos. Nosotros marchamos con la gente que custodiaba el contrabando. El en su taxímetro.